

Hojitas de Fe

Guardad mi palabra

149

8. Los Mandamientos

Smartphone: un aparatito endiablado

La *comunicación* es asunto de la mayor importancia para el ser humano, porque es social por naturaleza. Sin comunicación no hay familia ni sociedad, no hay educación, y el hombre no desarrolla su personalidad. Y la comunicación es todavía más importante para el cristiano, porque Jesucristo mismo ha querido que lo que nos comunica y une con Dios, sea también lo que nos comunique y una con los demás hombres: la caridad, el amor divino, que tiene a la vez como objeto a Dios y al prójimo. De allí que tenga también fundamental importancia el *medio de comunicación*.

Usamos a propósito esta expresión, por lo mucho que se habla hoy de los «medios de comunicación», actualmente en manos del demonio, que logra desviar para sus fines cosas de suyo buenas. Sigue que cuando estos medios de comunicación no se usan cristianamente, merecen llamarse medios de comunicación mundana, los cuales, en los últimos tiempos, se han ido perfeccionando de manera verdaderamente prodigiosa. Ahora bien, estos medios han ido incorporando a los hombres en una sociedad globalmente anticristiana, que constituye una verdadera anti-iglesia, cuya invisible cabeza es Satanás. Y hoy el principal medio de comunicación es el smartphone, telefonito astuto por el que se mantiene la comunicación en esta nueva sociedad anti-tradicional y revolucionaria, en la que todo cambia a una velocidad cada vez mayor.

1º Los medios de comunicación y la revolución anticristiana.

Es muy clara la vinculación entre el progreso de los medios de comunicación y el avance de la revolución anticristiana.

El proceso que vivimos comienza el 1300 con el mal llamado Renacimiento humanista, cuando tantos cristianos dejaron de poner a Dios en el centro de sus vidas y comenzaron a ponerse a sí mismos. Pero es un hecho histórico reconocido que este movimiento de antropocentrismo fue determinantemente influido por la invención del papel y de la imprenta, y el consiguiente abaratamiento de los libros. Los hombres cultos ya no quisieron tener como maestros a sacerdotes y teólogos, sino acceder a las fuentes de la sabiduría por sí mismos: a la Biblia y a los filósofos antiguos.

Dos siglos después, en el 1500, la propagación de traducciones de la Biblia y de libros fáciles de autodeclarados teólogos provocó la mal llamada Reforma protestante, todo lo cual no podría haberse dado sin el progreso de los sistemas de fabricación de papel y de impresión de escritos. Lo mismo y más hay que decir de la

Revolución francesa que se da al cabo de otros dos siglos, 1700: fue posible por una inundación de revistas y folletitos muy simples, que denigraban el orden cristiano sin cuidarse de tanta argumentación como hacían todavía los heresiarcas luteranos. Nótese que a mayor riqueza del medio de comunicación, mayor pobreza del contenido comunicado.

Dos siglos más y llegamos al Concilio Vaticano II, 1900, por el que la revolución modernista contagió a la misma jerarquía de la Iglesia. Pues bien, éste fue el **Concilio de los periodistas**, en el que los Padres conciliares prestaron más atención a los diarios que al Espíritu Santo. Es un hecho patente que la reforma conciliar –que no es más que la infección en la Iglesia de la revolución anticristiana– no habría sido posible sin los modernos medios de comunicación: las **imprentas rotativas**, que vomitan cada día millones de periódicos; la **radio**, que aturde con su incansable palabrería; y la **televisión**, que con su vértigo enloquece la imaginación. Los periódicos golpearon la puerta, la radio entró en el hogar y la televisión puso su cátedra de humo a la cabecera de la mesa familiar. Los católicos, entonces, ya no pudieron pensar.

Pero los medios de comunicación con que contamos hoy son inmensamente más poderosos, y no están en la casa, sino en nuestros bolsillos. Hoy no sólo se tienen las bibliotecas del mundo en el celular, sino que todos están llamados a ser autores; hoy no sólo se escucha la incesante voz de la radio, sino que todos están incitados a ser emisoras que hablan sin parar; y no sólo se abre estúpidamente la boca ante el programa de televisión, sino que ahora todos son estrellas invitadas para actuar. Con semejantes instrumentos con que Satanás cuenta para poseer la mente de los hombres, ¿qué cabe esperar que ocurra?

2º Las ocho desventuranzas del *smartphone*.

Los sacerdotes no dejamos de asombrarnos por los multifacéticos daños que producen estos aparatitos endiablados. Asombrados, atemorizados; es más, si no estamos horrorizados –como deberíamos–, es porque se han ido dando poco a poco y uno se termina acostumbrando. Intentemos hacer una lista de males, los que a veces son tan graves que se hace inconveniente describirlos, pero creemos que hay que ser suficientemente claros.

1º Desventuranza de la impureza. Se lleva en el bolsillo una amplísima biblio-audio-videoteca con una casi infinita sección de pornografía, para cuyo acceso no hace falta pasar la vergüenza de hacer fila en un cine de mala fama, ni dar la triste cara ante un kiosquero que saca plata de la miseria ajena; basta apretar un discreto botón. Se vive en perpetua ocasión, con una bolsa de sucia nafta en la mano, dispuesta a arder con la chispa de la primera tentación. ¿Qué virtud no hace falta para no terminar nunca incendiado?

2º Desventuranza de la impudicia. En el varón se da más la tentación de ver, en la mujer de ser vista. Que la vean pero no la toquen. Y en su orgullo, la jovencita quiere ser vista sin que se note que se muestra, como por sorpresa. Pues bien, la pantallita le ofrece la manera más graduada y medida de nutrir la vanidad y enflaquecer el pudor, porque le permite manejar su imagen y le aparece como barrera protectora. Hay quienes todavía se escandalizan con la podredumbre de los **reality shows**, y no

se dan cuenta de que, con los millones de filmadorcitas que todo lo registran, la entera sociedad moderna se está mostrando de la misma manera. Y los papás siguen tranquilos, cuando el noviequito tiene una ventanita abierta al cuarto de su hija.

3º Desventuranza de la seducción. El seductor tiene a su disposición el mejor medio para acceder a su presa. La joven se precia de no detenerse a hablar con cualquiera, pero ¿quién se resiste a leer un mensajito? Nadie deja que cualquier persona se acerque a la hija a susurrarle al oído –o al esposo, o a la esposa–, pero el celular lo logra. Peor todavía son las conversaciones anónimas, porque seduce el tratar con el perverso o la prostituta; como a Eva, atrae la ciencia del bien y del mal. Y los aparatitos permiten entrar en estos infiernos con la aparente seguridad de salir al instante con sólo mover un dedo. Pero a cada rato uno se entera de que, como el ratoncito hipnotizado por la serpiente, una niña camina a la casa de su estrangulador.

4º Desventuranza de la irrealdad. El ser humano ha sufrido siempre el conflicto entre apariencia y realidad por su misma naturaleza, porque los rostros no siempre manifiestan lo que se da en el alma, y casi todos cubren su personalidad real con la máscara de un personaje artificial. ¡Qué difícil es conocer al mismo hermano! Pero ahora el escenario virtual en el que la sociedad entera está actuando, eleva el problema al grado de una verdadera locura colectiva, de una drogadicción en masa, o peor, de una cierta posesión diabólica social. Bien ponderado, no creemos estar exagerando. La sofisticada apariencia virtual crea ilusiones muy difíciles de disipar. Hoy hasta nuestros buenos fieles creen tener amistad virtual, apostolado virtual, caridad virtual, y la distancia a lo real puede ser inmensa.

5º Desventuranza de la irreflexión. Ya señalamos cómo, al crecer el medio, disminuye el pensamiento. El que lee poco piensa mucho, el que lee mucho piensa poco (entiéndase). Y si la letra agota el espíritu, ¡cuantísimo más la imagen sonora en movimiento! Hoy se tienen mil cines abiertos en el bolsillo, se mantienen mil conversaciones, mil noticias en vivo bombardean el cerebro. No queda un segundo, no ya de contemplación, sino de pensamiento. La ebullición de la actividad imaginativa se vuelve obsesiva y tiende a anular toda actividad propiamente intelectual. No de otra manera se da la posesión demoníaca.

6º Desventuranza de la codicia. El deseo de cosas crece al infinito. Ya no hay que ir a ver negocios al shopping: el celular es una vitrina de todo lo que se vende en el universo, a comprar con un clic. Y el gasto mismo de las comunicaciones. Pobres católicos tradicionales con multitud de hijos, ¿cómo hacen para pagarle la cuenta de celular a cada uno? Antes los niños pedían una moneda para golosinas o para las figuritas del álbum, ahora para cargar el celular.

7º Desventuranza de la charlatanería. Hay quienes quieren tener vida intelectual y descubren el ambiente universitario virtual. Pero a la irrealdad que padece se le suma un pecado: desconoce la autoridad. Todo el mundo sabe de todo, todo el mundo tiene derecho a enseñar, todo el mundo opina. Es como una inmensa plaza, el Ágora de la nueva Atenas, donde cualquiera pone su cátedra. Cientos de miles hablan y millones escuchan (porque no hay blog que no tenga visitas), pero no se enseña ni se aprende nada.

8º Desventuranza de la libertad. Internet es el ilusorio triunfo de la libertad de expresión. Lo hemos escuchado hasta de un sacerdote: «Los diarios y la televisión están dominados, pero por Internet se puede hablar». ¡Qué falsa ilusión! El enemigo

del hombre sabe perder diez para ganar un millón. «Dejen que diga lo que quiera el Padrecito tradicional, que yo me encargaré de ponerle mil otros hablando a la vez, a favor y en contra de la Tradición». ¡Vayan todos al Ágora de Atenas para conocer la verdad (si pueden)!

Terminemos acá, pero todos saben bien que la lista de males se podría alargar mucho más.

3º Si nuestra justicia no es mejor...

Nuestras familias viven, en este punto, cierta farisaica hipocresía, de la que no estamos totalmente exentos los sacerdotes. El apego a los celulares es tan grande, y los males que trae son tan vergonzosos, que lo que seguramente se reconoce en los confesionarios, ni se menciona en la mesa familiar y se hace difícil tratar desde el púlpito. Pero Nuestro Señor nos advierte: «*Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos*» (Mt. 5). No hagamos como el aveSTRUZ, cerrando los ojos ante el mal que sufrimos. Si la imprenta dio lugar a la reforma protestante, si la radio y la televisión permitieron la revolución conciliar, ¿qué nueva etapa nos prepara internet y el smartphone? Algo hay que hacer.

Es verdad que la actitud católica ante el mundo y sus cosas no es la de separación material. Nuestro Señor lo dijo: «No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal» (Jn. 17). Los santos imprimieron libros y folletos, y hoy utilizarían aparatitos, porque el mal no está en los circuitos electrónicos, sino en el uso que se hace de ellos. Pero también es muy católica la humildad de saberse inclinado al mal por el pecado original. Como tenemos poca virtud, no hay que proponerse conductas que sólo pueden sostenerse con virtud heroica. Necesitamos apartarnos lo más posible de las ocasiones de pecado, y ¡vaya si el celular no es una de ellas!

¿Qué hacer? No a todos les conviene lo mismo, ni todos son capaces de lo mismo, por lo que hasta puede ser contraproducente dar recetas universales.

- *Hay una falsa sensación de seguridad por tener celular, cuando más asaltan para robarlos: confíese más en el ángel de la guarda, que no es virtual.*
- *Cuando hay que usarlos, sirve no tener celulares personales sino familiares, que se toman cuando son necesarios.*
- *No usarlo en casa sino al salir, dejándolo en la entrada, como el paraguas. Impedir la conexión wi-fi en el hogar.*

¡Ay, para qué seguir, si nada va a bastar si no se odia la fuente de tanto mal! Hay que **hablar mal de él, hacerle la mala fama que se merece, luchar contra el hechizo bajo el que nos tiene**. Si no lo apagamos, perderemos –nosotros y nuestros hijos– a Dios Nuestro Señor.